

La larga agonía del consenso alfonsinista. “Crisis de la democracia”, nuevas subjetividades y mileísmo

MATÍAS GRINCHPUN | matiasgrinchpun@gmail.com

Universidad de Buenos Aires/Centro de Investigaciones Sociales-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Núcleo de Estudios sobre Memoria

| Resumen

El ascenso de “nuevas derechas” en distintas partes del mundo ha suscitado análisis –y alarmas– sobre una inminente “crisis de la democracia”. Argentina no ha sido la excepción, dado el estilo controversial, los gestos violentos y las declaraciones autoritarias del presidente Javier Milei. Sin embargo, las derechas radicales y extremas han sido un elemento recurrente en las democracias liberales desde 1945, por lo que no sería su presencia la que traería la “crisis” –un diagnóstico reiterado, vale acotar, desde hace décadas. Este artículo propone que estos actores fueron centrales en la construcción simbólica de una democracia estable y funcional que se llevó adelante durante el gobierno de Raúl Alfonsín, y que con el tiempo devino un consenso. Cuando esos acuerdos se vieron erosionados, por los embates económicos, la política agonística y una revolución en las comunicaciones, entre otros factores, el lugar de esas derechas se vio necesariamente resignificado. En otras palabras, más que una simple “crisis”, su avance sería el síntoma de una democracia que debe ser repensada contemplando nuevas subjetividades y buscando otros consensos.

Palabras Clave: Nuevas Derechas, Democracia, Neoliberalismo, Argentina, Milei

The long agony of the Alfonsinist consensus. “Crisis of democracy”, new subjectivities and Mileism

| Abstract

The rise of a “new right” in several parts of the world has motivated analysis –and worries– about an imminent “crisis of democracy”. Argentina has not been the exception, due to the controversial style, violent gestures and authoritarian statements of president Javier Milei. However, the radical and extreme right have been a staple of liberal democracies ever since 1945, which suggests their mere

presence is not responsible for the “crisis” –a diagnosis which, it should be said, has been repeated for decades. This article proposes that such groups were pivotal in the symbolic construction of a stable and functional democracy that was carried out during Raúl Alfonsín’s government, which in time became a widespread consensus. When those agreements eroded, due to economic setbacks, agonistic politics and a communications revolution, among other factors, the place of the far right was necessarily resignified. In other words, more than a simple “crisis”, its thrust could be the symptom of a democracy which must be rethought taking into account new subjectivities and searching for other consensus.

Key Words: New Right, Democracy, Neoliberalism, Argentina, Milei

| 1. Introducción. *Stasis*

Desde hace casi una década, la creciente resonancia de fuerzas denominadas –más externa que internamente– de derecha “radical”, “extrema” o “nueva” ha dado lugar a alarmas sobre el peligro que representarían para el statu quo democrático liberal. Bastante antes de que Donald Trump arribara a la Casa Blanca, Peter Sloterdijk arremetió contra la sistematización de la mentira como estrategia política, la manipulación de emociones con fines proselitistas y la exacerbación de conflictos –imaginados o no– a través de la retórica populista (Sloterdijk (2020). Ya con el magnate inmobiliario en Washington, Jason Stanley recurrió a un término menos inequívoco y a la vez más difuso como “fascismo” para trazar paralelos entre las formas en que el empresario y los nazis consiguieron “que las libertades de la democracia se vuelvan en su contra” (2018: 38). Antes que reducirse, los temores se exacerbaban con la pandemia de COVID-19, por lo que Steven Forti dedicó *Extrema derecha 2.0* explícitamente a combatir a quienes batían el parche de la regresión autoritaria (Forti, 2021). Los ejemplos podrían multiplicarse fácilmente, gracias en no menor medida a los triunfos que dichos grupos han cosechado hasta la actualidad. Más allá de las diferencias y de las objeciones particulares, las coincidencias sugieren al menos la gravitación de un “mal de época”.

Argentina no ha sido la excepción: ya a comienzos de 2021, Pablo Stefanoni advertía sobre los peligros potenciales de ese clima de frustración, incertidumbre y desasosiego, por lo que debían “tomarse en serio” las ideas de una derecha a la que todavía entonces se consideraba débil (Stefanoni, 2021: 21-24). Cuando la carrera política de Javier Milei ya era un hecho, el volumen colectivo *Está entre nosotros* verificó no solo la potencia y vitalidad de esos actores, sino también su cuestionamiento abierto de viejos consensos, como en la queja ante unos derechos multiplicados al punto de volverse excesivos, absurdos y contraproducentes (Vázquez 2023). Las retóricas de la perversión, la futilidad y el riesgo teorizadas por Albert Hirschman se habían vuelto el lenguaje de un sentido común “antiprogresista” (Hirschman, 2021). Tras la llegada del economista a la presidencia, la profecía devino para muchos un diagnóstico: la democracia argentina habría entrado en su etapa más crítica desde 1983, y sin importar cuán airosa saliera de la prueba quedaría irreconocible.¹

¹ Anticipado en libros como el de Jorge Liotti (2023), ese escenario es detallado en la reciente monografía de Javier Balsa (2024).

No obstante, basta con mirar los títulos de los libros lanzados en las últimas décadas, en particular los de investigación periodística, sociológica y politológica, para corroborar que el tópico no es nuevo. La preocupación ya rondaba, sin ir más lejos, cuando Mauricio Macri llegó a la presidencia, a pesar del perfil institucionalista y “republicano” que ensayó durante sus primeros años. (Goldstein, 2022: 243 ss.). También estuvo presente durante los mandatos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, motivada por la relación a menudo conflictiva con la prensa, arbitrariedades en el manejo del poder, la desvalorización de los adversarios y los casos de corrupción: si los gobiernos manifestaban su compromiso con el sistema democrático, en conexión con sus políticas de memoria y expansión de derechos, voces de la oposición insistían por el contrario en el deterioro de la calidad institucional. Por cierto, el propio kirchnerismo había surgido como respuesta a la crisis abierta con el colapso de la Alianza y la debacle económica de 2001, eventos que pusieron en entredicho la viabilidad del régimen político –y del propio país– al tiempo que suscitaban discusiones sobre la necesidad de reorganizarlo, teniendo en cuenta la transparencia, la eficiencia y la representatividad como horizontes (Torre 2003) En este sentido, la refundación se hacía sobre el fracaso de la Alianza, pero también contra el desmanejo y la discrecionalidad que se asociaban con la década menemista.² Estando el riojano en el poder, Fareed Zakaria lo puso como ejemplo de las “democracias iliberales” que medraban gracias a figuras que gobernaban con golpes de mano (Zakaria, 1997). Paradójicamente, cuando el temor a una reversión pretoriana fue más palpable, a mediados de los años ochenta, la noción de una “crisis democrática” quedó eclipsada: tal cual lamentaban los tradicionalistas católicos de *Cabildo* en 1983 y 1984, la democracia parecía enseñorearse de todos los espacios y todas las mentes (Grinchpun y Vicente, 2023: 181). La fortaleza de ese compromiso salió a relucir cuando, en abril de 1987, decenas de miles de ciudadanos se movilizaban contra una rebelión “carapintada” a la que el radicalismo presentó como un enfrentamiento entre democracia y dictadura. Fueron los desarrollos posteriores los que desconcertaron a esos sectores que se habían mostrado en las calles, golpeando su confianza en Alfonsín aunque no en el sistema que había apadrinado (Mazzei, 2019).

En pocas palabras, podría aventurarse que la democracia no habría entrado en una crisis, sino que ésta fue una de sus modalidades de existencia. Una cultura política a tono con la Argentina de la “emergencia permanente” (Quiroga, 2005), y que puede ser tomada como síntoma de decadencia, aunque también de vitalidad: la palabra griega en este caso no sería tanto crisis como *stasis*, aquellos cismas o “guerras civiles” tan temidos en las *poleis* pero, a la vez, signo de que había ciudadanos dispuestos a cualquier sacrificio para tomar el control del gobierno (Börm, 2018: 56). Giorgio Agamben, por su parte, la definió como un umbral de politización, en tanto la guerra civil sería la prueba que determinaría el carácter político (o no) de un ciudadano (Agamben, 2017: 25-26).

Este artículo propone menos un conjunto de constataciones que una hipótesis de lectura, a la manera de un ensayo histórico. Se plantea que la legitimación de una nueva experiencia democrática en 1983 exigió conferirle un conjunto de virtudes –“se come, se educa, se cura”– para volverla atractiva, confiable y “poderosa” (Romero, 2006: 15-16). Lejos de ser un simple discurso oficial, tales nociones convergieron

² Una imagen cimentada por best-sellers de los noventa como *Pizza con champán* (1994), de Sylvina Walger, y *Robo para la corona* (1991), de Horacio Verbitsky; ver Álvarez y Minutella (2019: 24 ss.).

en una estructura de sentimiento,³ como podría apreciarse por ejemplo en el fenómeno concomitante del "destape" (Milanesio, 2021: 16 ss.). Esta fuerza irrefrenable requirió un enemigo a tono, y lo halló en el "Proceso" pero también en una serie de "atavismos" a los que responsabilizó por el ciclo endémico de violencia política: entre ellos, estaba el "nacionalismo reaccionario". De hecho, estas derechas "jugaron" a su manera a la democracia liberal ya desde 1983, en tanto pudieron capitalizar su postura "antisistema". No obstante, la preocupación de estas líneas no es por lo que ocurrió con esos actores a partir de entonces, a lo que ya se han dedicado varios trabajos, sino por su "historia externa", más específicamente por cómo fueron percibidos por el sistema político y la prensa. Con la mirada puesta entonces en la historia social, cultural y política, se intentará precisar la función de contrapeso que cumplieron como amenaza creíble, pero también se apuntará a hallar los quiebres a partir de los cuales esos actores pasaron a ser crecientemente escuchados y, eventualmente, votados. En este punto, no se quiere polemizar con algunas de las explicaciones arriba relevadas sobre las "nuevas derechas", sino contribuir con una perspectiva complementaria: entre las olas que desbordaron los viejos acuerdos, se encontró la expansión de una nueva subjetividad a la que las viejas promesas le sonaban huecas, por lo que exigía una nueva gobernanza. Tras una larga agonía, el "consenso alfonsinista" estaría llegando a su fin, por lo que el futuro de la democracia requiere pensar y construir nuevas bases.

2. Matando enanos a garrotazos. Los lugares de las derechas nacional-reaccionarias desde 1983

El recorrido histórico arriba planteado podría empezar el 1° de mayo de 1987 cuando, al inaugurar las Sesiones Ordinarias del Congreso Nacional, Alfonsín pronunció un discurso con párrafos dramáticos. El clima era por demás tenso, dado el terremoto causado por el levantamiento "carapintada" seguido por una campaña para resignificar una rendición sin concesiones –tal cual admitió el propio cabecilla, Aldo Rico– en una claudicación del gobierno (Mazzei, 2019: 152-153). Durante su disertación, el presidente conceptuó lo ocurrido como la colisión entre "un país que muere y otro que nace y empieza a crecer", colocando dentro del primero al "nacionalismo", es decir las "tendencias que hipostasiaron el sentido de pertenencia nacional en un absoluto que pretende negar los conflictos naturales de una sociedad compleja y el pluralismo político en aras de una homogeneidad artificiosa y autoritaria" (Alfonsín, 1987). Más grave aún, esta "crisis de consciencia de la clase dirigente tradicional" habría sido un afluente de "la peor y más incontenible forma de violencia" (Alfonsín, 1987). No se trataba de una referencia aislada: el primer mandatario había insistido en denunciar los "extremismos" de izquierda y de derecha como parte de la conformación de un nuevo sentido común político en el que la democracia se volvía la vía legítima para superar diferencias y resolver conflictos (Vommaro, 2006: 262). Es bajo esta acepción que se aludirá aquí a un "consenso alfonsinista", un compromiso con el nuevo régimen que contenía la presunción de que los resabios ultramontanos habían sido definitivamente vencidos. Menos una descripción empírica que una muletilla analítica, la categoría servirá para abordar uno de

³ Williams (2009: 174 ss.). Cabe acotar que, si se elige este enfoque, es porque en términos de Pierre Rosanvallon se prestará más atención a "lo político" que a "la política" (2002).

los roles que las derechas radicales –y, sobre todo, el nacionalismo-reaccionario– han tenido durante las últimas décadas, y cómo éste podría modificarse.⁴

Los disparos del dirigente radical no quedaron sin respuesta: desde el periódico *Alerta Nacional*, Alejandro Biondini había proclamado ya en diciembre de 1983 que tanto él como su grupo no serían opositores de la Casa Rosada, sino sus enemigos (Biondini, 1983: 2). Como tributo quizás involuntario a Carl Schmitt, este dirigente de la ultraderecha peronista rechazaba las invitaciones a la convivencia y la civilidad en favor de una relación agonística, aunque no exenta –como se verá– de cierta complacencia. No fue muy distinta la reacción del tradicionalismo católico propugnado desde *Cabildo*, *Verbo*, *Gladius* y hojas afines, cuyos colaboradores se jactaron de ser el villano favorito de la “sinagoga radical”. Así, las declaraciones del chascomunense fueron leídas con sorna, cuando no se esgrimió la teoría de que estaba creando cortinas de humo para ocultar sus desprolijidades y ambiciones desmesuradas. De esta manera, las derechas extremas y radicales se volvieron útiles para el “consenso”: estas minorías intensas, paladinas del militarismo, el racismo y una moral conservadora operaron como una radical otredad de la democracia, un límite que no debía franquearse y a partir podía definirse un “nosotros” y un “ellos”. Reprodujeron gustosamente el “efecto de frontera” al que se refirió Gerardo Aboy Carlés, una barrera que de ser transgredida llevaría al ostracismo que –se pensaba, se suponía, se esperaba– les había correspondido a esas ideologías en todo el mundo desde 1945 (Aboy Carlés, 2001: 187). La derrota discursiva de estas otredades operaba como un ritual, por medio del cual la democracia actualizaba su triunfo y engrosaba su capital simbólico.

Estas opiniones no fueron patrimonio exclusivo de Alfonsín y su entorno: también los medios investigaron y fustigaron a estos actores, tal cual lo hizo *El Periodista* con *Cabildo* al colocarla entre las decanas de la prensa antisemita y vincularla con las fracciones castrenses más “duras”. Como réplica al “Cuaderno” que la revista de Ricardo Curutchet le dedicó, la publicación de Andrés Cascioli argumentó en una serie de notas que el ultramontano “libelo”, expresión de un “Frente del Atraso” que encolumnaba al integrismo católico, el justicialismo ortodoxo y los “halcones” de las Fuerzas Armadas, no podía ser calificado como “prensa” debido a su tono intimidatorio, el uso de información –a menudo, apócrifa– provista por “mano de obra desocupada” reclutada entre los “servicios” y, sobre todo, por su carácter expresamente antidemocrático. En solidaridad por los ataques y calumnias, circuló una solicitada firmada por un conjunto variopinto que incluía funcionarios, políticos, sindicalistas, académicos y organizaciones de derechos humanos (Raíces, 2023: 10-12).

El nacionalismo reaccionario también fue de interés para las fuerzas de seguridad, tal cual lo atestigua el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA). Allí puede encontrarse un breve legajo dedicado al Movimiento Nacionalista Social (MNS), fundado en la primera mitad de los ochenta por Federico Rivanera Carlés, antiguo integrante de la antisemita editorial Milicia y luego impulsor del Instituto para la Investigación de la Cuestión Judía. En los informes elaborados por esta agencia, fechados entre mayo de 1985 y agosto de 1986, se consignaba sucintamente el ideario del grupo: pro-nazi, antiliberal, antimarxista y antiestadounidense, aunque

⁴ Vale aclarar que este “consenso” no tiene una relación de identidad con el “alfonsinismo histórico”, en el que se podrían encontrar tendencias hegemónicas como la malograda proyección de un “tercer movimiento histórico”.

poco se comentaba sobre su antisemitismo furioso.⁵ También se describían sus actividades, desde la entrega de volantes en la Capital Federal, la zona oeste del Conurbano Bonaerense y la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Nacional de la Plata hasta la realización de actos públicos en fechas patrias.⁶ Las crónicas de estos últimos subrayaban la participación de jóvenes vestidos con la camisa azul que había elegido el MNS por uniforme así como la magra asistencia, menguada todavía más cuando se realizaban gestos como el saludo romano. En cualquier caso, los detalles indicarían que la policía bonaerense les confería suficiente importancia como para enviar agentes y/o hacer uso de informantes. Más abultada es la carpeta dedicada al Partido Nacionalista de los Trabajadores (PNT), una de las agrupaciones sucesoras de *Alerta Nacional*. En este caso, las consecuencias de la militancia nacionalista fueron más allá del repudio mediático y la vigilancia de las autoridades: Biondini debió afrontar varios procesos judiciales y hasta fue brevemente encarcelado en 1988 por hacer “apología de la violencia” en el centro porteño. Pero también estas represalias podían ser aprovechadas, en tanto la “persecución” era marca de orgullo y prueba de verdad: sin ir más lejos, durante su cautiverio el cabecilla neonazi se comparó con Adolf Hitler y su paso por el penal de Landsberg (Biondini, 1988: 3).

A lo largo de esta etapa, la posición del nacionalismo reaccionario fue fundamentalmente la abstención y la vituperación sin concesiones: se tachó al sistema de “partidocracia” por dejar las decisiones en manos de una camarilla de “políticos profesionales”, siempre listos para venderse al mejor postor. De ahí que el “demoliberalismo” no fuera más que la careta legitimadora de una cruel plutocracia, aliñada con el “Nuevo Orden Internacional” –nombre que, en los ochenta, se le daba a lo que hoy ciertos círculos denominan “globalismo”. En suma, era “totalitario”, ya que se presentaba como el único tipo de gobierno deseable y aceptable. Aún así, tradicionalistas y neofascistas plantearon ocasionalmente cómo debía ser una “auténtica democracia”, inspirándose en el corporativismo o en fuentes como Santo Tomás de Aquino y testimoniando, en última instancia, la hegemonía de una idea a la que denostaban (Grinchpun, 2021: 308-311). Participar del “carnaval electoral”, sin embargo, no era todavía algo aceptable.

El “consenso alfonsinista” se mantuvo vigente tras la salida del radicalismo, aunque no faltaron tensionamientos bajo el mandato de Carlos Menem. Por ejemplo, Alberto Ezcurra Uriburu –fundador en su juventud del Movimiento Nacionalista Tacuara– ofició de sacerdote en la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas, una causa enarbolada desde hacía décadas por diversas familias del nacionalismo. Otro tanto podría decirse de la defensa que el presidente justicialista hizo de su Ministro de Justicia, Rodolfo Barra, tratando su paso por la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES) como un pecado de juventud (Bruschtein, 1999). Pero también se podrían encuadrar estas operaciones en un espíritu de “reconciliación nacional”, más democrático e inclusivo todavía que el del propio Raúl Alfonsín.

La fuerza del “consenso” fue demostrada en más de una ocasión, por ejemplo en la cobertura mediática de la profanación sufrida en mayo de 1991 por el cementerio judío de Berazategui: mientras *La Nación* reprodujo el repudio de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) y la Asociación de Abogados de Buenos Aires, *Clarín* informó que según la policía los responsables eran

5 Archivo DIPPBA, Político N° 150/1: Actividad del Movimiento Nacionalista Social, Carpeta 37, Legajo 347, 1986.

6 Archivo DIPPBA, Político N° 150/1: Acto llevado a cabo el 08-JUL-86 en la Plaza LOREA de esta Capital Federal, Carpeta 37, Legajo 347, 1986.

"grupos contratados" y *Diario Popular*, avivando el tópico de la amenaza latente, tituló "Otra vez la sombra nazi".⁷ El hecho tuvo por antecedente la decisión de la jueza María Servini de Cubría de prohibir al PNT modificar su nombre a "Partido Nacionalista Socialista de los Trabajadores" y utilizar la cruz gamada, dado que incumplía con la Ley Orgánica de Partidos Políticos. También en esta instancia expresaron animadversión los periódicos, aunque con matices: si el conservador *La Prensa* transcribió escuetamente los argumentos de la decisión, *Página/12* eligió como título "Ni nazis, ni esvásticas" para una nota en la que se enumeraban las "singulares convicciones" de Biondini, como el negacionismo del Holocausto.⁸ Más mordaz, *Crónica* apuntó que el personaje se había quedado sin su símbolo, mientras que Hermenegildo Sábat –dibujante en *Clarín*– lo representó como un *Führer* de párpados caídos y orejas prominentes que en su mano derecha, extendida en el polémico saludo, llevaba la navaja al filo de la cual se encontraba.⁹

Tanto en *Página/12* como en *Crónica* y en la caricatura podrían rastrearse visos de ridiculización, los cuales se intensificaron tras la reivindicación que el jefe del PNT hizo de Hitler en *Hora Clave*, el famoso programa de Mariano Grondona.¹⁰ La entrevista le valió críticas al veterano periodista y al invitado, en tanto viejos camaradas como Marcos Ghio y Ruben Baudino declararon desde *El Fortín* que el nazismo no solo era ajeno sino opuesto "al nacionalismo argentino que abreva del pensamiento de San Martín, Rosas y Perón" (1991: 3). Más contundente fue Walter Beveraggi Allende, quien sentenció que "el Sr. Biondini es un aliado consciente o inconsciente del enemigo, vale decir, de la 'partidocracia' liberal o marxista y, particularmente, del sionismo internacional y su lugarteniente, la masonería" (1991: 3).

Más preocupación generó la convocatoria a una marcha para defender "nuestro derecho de ser nacionalistas", lanzada cuando la apelación al fallo de la jueza fue rechazada: así lo sugiere la profusión de informes sobre la agrupación producidos por la Policía Federal entre junio y agosto 1991,¹¹ al igual que el veto gubernamental a realizarla, refrendado por el propio Menem y acompañado desde el Congreso por el justicialista José Luis Manzano, el radical César Jaroslavsky y la liberal Adelina Dalesio de Viola. Biondini acabó por ser detenido junto a otros siete dirigentes un día antes de la fecha anunciada, aunque le aguardaba un *non sequitur*: en fallo unánime, la Cámara Nacional Electoral habilitó el uso del discutido símbolo, determinación celebrada por el periódico de la organización como "El triunfo de la esvástica".¹² Las fuerzas de seguridad continuaron siguiendo de cerca e informando sobre esta

7 *La Nación* (1991); *Clarín* (1991); *Diario Popular* (1991).

8 *Página/12* (1991).

9 *Crónica* (1991).

10 Un fragmento puede hallarse en bit.ly/481kUG8. Antecedentes no faltaban: a mediados de los ochenta, Rivanera Carlés había aseverado en diálogo con un periodista que el dictador "era la figura más grande de la historia universal". La foto que ilustraba la nota mostraba al hitlerista con un brazalete del MNS y llevaba por epígrafe: "El muñeco y los símbolos que adora".

11 Archivo DIPPBA, "Correo electrónico: Pedido de información a todas las delegaciones", Carpeta 37, Legajo 371, 18/6/1991; Archivo DIPPBA, "Panorama general con respecto a la movilización prevista para el 21-06-91, a Plaza Congreso, por parte del Partido Nacionalista Socialista de los Trabajadores", Carpeta 37, Legajo 371, 19/6/1991; Archivo DIPPBA, "Comunicado del Partido 'DEL TRABAJO Y DEL PUEBLO' de nuestra ciudad (*Mar del Plata*)", Carpeta 37, Legajo 371, 30/7/1991; Archivo DIPPBA, "Misa del Partido Nacionalista de los Trabajadores", Carpeta 37, Legajo 371, 8/8/1991.

12 *El Nacionalista* (1992). La resolución parecía estar en línea con las opiniones vertidas en un documento de la DIPPBA: "Democracias tales como la estadounidense, dentro de su sociedad presentan organizaciones 'neo-nazis', y permiten en parte expresiones de estos, a los cuales desautorizan a través de los distintos resortes que accionan, apareciendo ante la sociedad en su conjunto, como simples expresiones de 'perturbados mentales', 'enfermos', etc..." (Archivo DIPPBA, "Panorama general con respecto a la movilización prevista para el 21-06-91, a Plaza Congreso, por parte del Partido Nacionalista Socialista de los Trabajadores", Carpeta 37, Legajo 371, 19/6/1991).

agrupación hasta 1993 cuando menos,¹³ momento para el cual el nombre había cambiado a “Partido Nuevo Triunfo”, rótulo que conservaría durante el decenio.

La coexistencia entre estigmatización, integración y ridiculización persistió durante los noventa. En cuanto a la primera, la condena contenida en el “consenso alfonsinista” siguió siendo reafirmada por medios, organizaciones no gubernamentales y otros sectores de la sociedad civil, motorizados por el legado simbólico construido en torno del “Proceso” (Franco, 2018: 364-368), los peligros de retroceso dictatorial durante los años previos y acontecimientos como los atentados a la Embajada de Israel y a la sede de la Asociación de Mutuales Israelitas Argentinas (AMIA). Aquí podrían mencionarse investigaciones como las de Raúl Kollman y Sergio Kiernan en *Página/12*, las que culminaron en los libros *Sombras de Hitler* (2001) y *Delirios argentinos* (2006) respectivamente, o el informe de Telenoche Investiga sobre la venta de literatura y videos “revisionistas” por parte del matrimonio Buela.¹⁴ Esta cobertura tuvo en ocasiones repercusiones legales: la pareja, por ejemplo, debió afrontar un proceso judicial mientras que *El Fortín* fue incautado en la Librería Huemul por su contenido antijudío tras una denuncia del embajador israelí, Itzhak Aviran. Bajo la misma luz cayeron episodios como el enfrentamiento ocurrido en Parque Rivadavia a mediados de 1996 entre punks y skinheads durante un recital contra la represión policial, gresca que desembocó en la muerte de Marcelo Scalera, miembro del Partido Nuevo Orden Social Patriótico (PNOSP).¹⁵ Sin rehuir al alarmismo, este tipo de acontecimientos –y la forma de presentarlos– mantuvieron presente la idea de un riesgo para la democracia, que no por minoritario era menos severo.

Algunos grupos corrieron mejor suerte que el PNT y lograron participar en los comicios, un camino que resultó bastante fructífero para Aldo Rico y su Movimiento por Dignidad y la Independencia (MODIN), aunque no tanto para Mohamed Alí Seineldín, inspirador y referente del Partido Popular de la Reconstrucción (PPR). La lista podría estirarse si se incluyeran los niveles provincial y municipal, donde estas agrupaciones no solo medraron, sino que lograron en más de una ocasión acceder al gobierno. Finalmente, estuvo la burla lisa y llana, cuyo epítome fue Biondini, elevado al rango de “el nazi de referencia obligada” por el periodismo y, apenas exagerando, por la opinión pública en general. Con ese tono socarrón lo entrevistó Chiche Gelblung en el año 2000 para *Memoria*, su ciclo de contenido a menudo sensacionalista: en consonancia, el conductor habló desde la sede del PNT, rodeado de seguidores con camisas pardas y negras al igual que de estandartes con el “Siete de San Cayetano”. La visita de estos personajes a *talk shows* como el de Mauro Viale, entrevistas más o menos desafortunadas y una incipiente literatura consagraron una imagen caricaturesca que no aportó a la comprensión estos sectores.¹⁶ Todo lo contrario: creó una respuesta refleja que se mostró contraproducente cuando la efectividad y el arrastre de este tipo de discursos se incrementaron. Es que, aún cuando eran humilladas por los escrutinios y vapuleadas por la prensa, no se las podía considerar derrotadas: lo que no mostraban esos guarismos, aptos para la estadística y el chiste fácil, era que los tópicos anti-democráticos, anti-igualitarios y xenófobos podían ser enarbolados sin temor a la contradicción por los votantes de las opciones mayoritarias.

¹³ Archivo DIPBBA, “Futuro accionar del Partido Nacionalista de los Trabajadores”, Carpeta 37, Legajo 371, 7/4/1992.

¹⁴ *Clarín* (2000).

¹⁵ *La Nación* (1996).

¹⁶ Aquí puede verse la visita de Ghio a Fenómeno: bit.ly/3L8rq4g.

La primera fractura profunda del “consenso” llegó con la crisis del 2001-2, cuando la democracia se vio acorralada por el colapso de la convertibilidad, las tensiones que desgarraban a una sociedad brutalmente pauperizada y los reclamos a una clase política severamente deslegitimada. Y los nacionalistas reaccionarios volvieron a alzar su voz: desde *Cabildo*, que atravesaba su “Tercera Época” bajo la dirección de Antonio Caponnetto, se anunció que esta era la hecatombe que habían vaticinado. Un ex “carapintada” y miembro del MODIN como Enrique Venturino pudo mostrarse en un *spot* emitido por la televisión abierta extendiendo su dedo mayor a los sectores dirigentes, mientras que Seineldín advirtió en una entrevista radial que podía producirse un golpe de Estado, alentado por el *establishment* norteamericano.¹⁷ Hasta Biondini se permitió salir del ostracismo para lanzarse como candidato a jefe de gobierno porteño, en un evento en el que no faltaron brazos en alto ni estandartes rojos, blancos y negros. Pero lejos de suscitar interés, estos desarrollos provocaron apatía o indignación, como fue el caso del periodista conservador Eduardo Feinmann, quien insultó al jefe del PNT.¹⁸ Objeto de de mofa, el nacionalismo reaccionario no era tenido en cuenta como alternativa ni, al parecer, como amenaza. *A priori*, el “nacionalismo oligárquico, autoritario y elitista” de Alfonsín ya no daba miedo o, sencillamente, no era necesario. Hasta los propios actores se mostraron decepcionados consigo mismos, ya que la debacle aguardada desde diciembre de 1983 no condujo a una “restauración” sino, por el contrario, a más y peor democracia.

No obstante, lejos de ser intrascendente, la fisura indujo una mutación. El matrimonio Kirchner casi no aludió al nacionalismo-reaccionario,¹⁹ y cuando hablaron de “derecha” fue otro el significante, más cercano al neoliberalismo que al integrismo o el neofascismo. De ahí que el macrismo, al poco tiempo, fuese asociado con significantes como “dictadura” y “fascismo”. Ahora bien, desde la atalaya de las derechas radicales y extremas, también era posible una fusión entre la nueva experiencia y lo que *grosso modo* podría llamarse “subversión comunista”, aún a partir de gestos tempranos como la reivindicación de la “generación diezmada” en los setenta, el viraje en las políticas respecto del pasado reciente y el acercamiento diplomático a Fidel Castro, Lula Da Silva y Hugo Chávez, invitados de honor a la ceremonia del 25 de mayo de 2003. De ahí que el mote de “setentismo”, nacido en editoriales críticos publicados por *La Nación* con las firmas de Claudio Escribano y Grondona, fuese apropiado con deleite por Caponnetto a los pocos meses de iniciado el nuevo ciclo. No pasó mucho antes de que la K fuese en *Cabildo*, al igual que en los diarios opositores, sinónimo de autoritarismo, corrupción, ineficiencia y decadencia (Grinchpun y Vicente, 2023: 188). Se creó entonces un terreno fértil para lo que el pensador estadounidense Frank Mayer denominó “fusionismo”, esto es el acercamiento de posiciones entre liberales, conservadores y hasta reaccionarios para defender un orden al que se consideraba valioso, y que se encontraría jaqueado por enemigos que iban desde el socialismo hasta Estados paquidérmicos y movimientos contraculturales (Hart, 2005: 251; Morresi y Vicente, 2023: 65-66). Fue en este contexto que los mensajes refugiados por decenios en hojas de escasa circulación pudieron moverse con mayor soltura, no solo en la prensa sino también en las calles: los nacionalistas coincidieron así con las “organizaciones de memoria completa” en aniversarios de acciones guerrilleras como el 5 de octubre,

¹⁷ *La Nación* (2002).

¹⁸ Las declaraciones pueden hallarse en bit.ly/3Re4bsi.

¹⁹ Lejos de las connotaciones negativas que tuvo durante los primeros años del “consenso”, el kirchnerismo asoció el nacionalismo con valores positivos en su discurso como la soberanía territorial y el desarrollo técnico-económico, sin necesidad de aclarar la existencia de variantes chauvinistas o “extremas”.

con una presencia para nada despreciable de jóvenes despotricando contra judíos, marxistas y “montoneros resentidos”.²⁰ Podría agregarse el surgimiento de nuevas citas de autoridad, como Juan Bautista Yofre, funcionario menemista y autor de *best-sellers* revisionistas de los setenta; o un antiguo colaborador de *Cabildo* como Carlos Manfroni, autor de *Los otros muertos* (2014) junto a Victoria Villarruel, abogada fundadora del CELTyV (Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas) antes de iniciar una meteórica carrera política en las filas libertarias (Palmisciano, 2017). Puesto de otra manera, el rol que estas derechas cumplieron como emprendedoras de una contramemoria no puede ser subestimado a la hora de comprender la creciente visibilidad de estos actores, así como los nexos que entre ellos forjaron.

Pero Biondini no coincidió con Cecilia Pando solamente en los homenajes a las “víctimas del terrorismo”, sino también en otras manifestaciones contra el kirchnerismo como las marchas en respaldo a los productores agropecuarios ocurridas durante el “conflicto con el campo” de 2008.²¹ Podría plantearse que se presentaron los tres rasgos que Karen Alter consideró propios de las *backlash politics*: un movimiento que busca volver al pasado, el cuestionamiento del discurso dominante a través de objetivos y métodos extraordinarios, y una posición en el umbral del discurso público (Alter, 2020). Más específicamente, las distintas “batallas culturales” abiertas durante el kirchnerismo ofrecieron oportunidades para que estas derechas crecieran en número y densidad. Aquí podrían incluirse, sin ánimo de exhaustividad, las disputas por la anticoncepción en 2005, las controversias por el trigésimo aniversario del inicio del “Proceso de Reorganización Nacional”, las ya mencionadas disputas por la Resolución 125, los choques del gobierno con la prensa culminando en la controversia por la “Ley de Medios”, el debate parlamentario y social que rodeó la legalización del matrimonio igualitario. Estos intercambios se vieron desde luego facilitados por la irrupción de nuevas tecnologías y plataformas de comunicación, con los foros *online* y las redes sociales amplificando la llegada de temáticas, retóricas y narrativas a fuerza de memes, videos cortos e *influencers*. Así, tanto los nacionalistas reaccionarios como la otra familia de las derechas vernáculas, los liberales conservadores, alimentaron “la grieta” al tiempo que se nutrieron de ella.

Ahora bien, así como perduró la alusión a un “peligro”,²² compartir espacios en protestas anti-kirchneristas no implicó que fracciones de las derechas radicales y extremas claudicaran en su credo antiliberal y antidemocrático. Mauricio Macri suscitó el repudio de Biondini y Caponnetto, quien saludó la llegada del ingeniero a la jefatura de gobierno porteña rememorando su prontuario como contrabandista de autopartes (Grinchpun y Vicente, 2023: 188). Aunque lo considerasen mejor que las alternativas, los tradicionalistas católicos jamás abandonaron las suspicacias que afloraron con la llegada del ex presidente de Boca Juniors a la Casa Rosada: para el director de *Cabildo*, la promesa de “resolver los problemas de la gente” se traducía en una búsqueda burguesa de confort cuyo materialismo subyacente la emparentaba con el marxismo, mientras que el declamado liberalismo económico auguraba años de deuda, austeridad y degeneración intelectual (Caponnetto, 2015: 1). No salió indemne María Eugenia Vidal, gobernadora de Buenos Aires a la que Mario Caponnetto –hermano del anterior– tildaba

²⁰ Un registro de lo ocurrido en 2008 puede verse en bit.ly/3Ra8Qvu.

²¹ Entrevistas a ambos en bit.ly/3Pn00bw.

²² Ver, por ejemplo, este informe sobre la intimidación neonazi a los estudiantes que tomaban el Colegio Nacional Buenos Aires en 2013: bit.ly/3yULJi9.

de “pornógrafa y corruptora de menores” por promover un sitio web dedicado a la educación sexual (Caponnetto, 2016: 4). Más conspirativo, Marcos Ghio subrayaba la relevancia dada a Santiago Kovadloff, Sergio Bergman y Carlos Rosenkratz para concluir que el PRO no era más que una sucursal del partido israelí Likud (Ghio, 2015).

Un mandatario que recibía con brazos abiertos al demócrata Barack Obama y lo acompañaba al Parque de la Memoria le daba al nacionalismo reaccionario motivos de sobra para enfurecer, pero reducir su relación con el macrismo a la animadversión sería una simplificación. Al tiempo que recibía estos dardos, el PRO abría sus filas a figuras con antecedentes no muy liberales: Manfroni, el ya aludido colaborador de *Cabildo*, ocupó varias posiciones en la órbita de Patricia Bullrich, Ministra de Seguridad; Juan José Gómez Centurión, veterano de Malvinas y ex “carapintada”, estuvo a cargo de la Dirección General de Aduanas y de la vicepresidencia del Banco Nación al tiempo que declaró, en alusión a los desaparecidos, que no eran lo mismo “8.000 verdades que 22.000 mentiras”; y el doctor Abel Albino, cuya Fundación CONIN –contra la anticoncepción y el aborto– firmó convenios con el Ministerio de Desarrollo Social.²³ Otro tanto podría decirse de la actitud hacia las “organizaciones de memoria completa”, las que lograron obtener audiencias con el Secretario de Derechos Humanos, Claudio Avruj. Sin embargo, en estos como en otros ámbitos la trayectoria de la administración PRO fue sinuosa: junto a los Gómez Centurión y los Manfroni hubo figuras de tendencia muy distinta, como el Jefe de Gabinete, Marcos Peña, y el Ministro de Cultura, Pablo Avelluto.²⁴ Algo similar podría argumentarse sobre las políticas de memoria, dado que las reuniones con Villarruel y Pando –o el polémico proyecto de reducir las condenas a los represores, conocido como “2x1”– se produjeron junto a la difusión de documentos secretos estadounidenses y a una ley bonaerense que prohibía negar la cifra consagrada de desaparecidos (Messina y Salvi, 2024). Estos contrasentidos no escaparon a las minorías intensas de las derechas, las que cargaron según la ocasión contra la falta de patriotismo o de liberalismo, de tradición o de innovación (Levy, 2020: 103-105 y 122-125). Producto de esta insatisfacción fue que, durante los comicios de 2019, las dos familias de las derechas vernáculas presentaran candidatos que podrían ser considerados “orgánicos”: por el Frente NOS, el antes nombrado Gómez Centurión, más próximo a una línea conservadora y nacionalista; y por el Frente Despertar, el economista José Luis Espert, quien había ganado visibilidad como crítico del programa económico macrista en diferentes paneles televisivos. Aunque entre ambos apenas superaron un magro 3% en las elecciones generales, lograron pasar la fase primaria, dando cuenta de electorados dispuestos por lo menos a darle lugar y conferirle legitimidad a actores antes denostados, marginados o –como seguía pasando– burlados.

La victoria de Alberto Fernández supuso el regreso de un enemigo conocido, dado que más allá de los reparos se lo consideraba “kirchnerista” a secas, y ya en los primeros meses de su gestión aparecieron sectores –tanto dentro como fuera de las derechas– dispuestos a antagonizar (Morresi y Vicente, 2023). No obstante, el punto de quiebre llegó con la pandemia, tanto para el gobierno como para las derechas y el “consenso alfonsinista”: después del abrumador acompañamiento recibido durante las primeras semanas, la popularidad del presidente comenzó a desmoronarse en la medida en que se prolongaban las medidas de aislamiento y amplias franjas de la población padecían la imposibilidad de circular

²³ Sobre esta entidad, ver Stimbaum (2017).

²⁴ Sin embargo, también aquí podrían verse enlaces entre el liberalismo y otros espacios, dado que Avelluto fue uno de los artífices detrás del éxito editorial del “Tata” Yofre (Saferstein, 2021: 49-50 y 64-65).

y trabajar. De ahí que no tardaran en producirse “marchas anti-cuarentena” en las que actores heterogéneos salieron a protestar contra las resoluciones oficiales, pero también contra el gobierno en su conjunto, contra el “progresismo” de la Organización Mundial de la Salud y contra el Estado como Leviatán opresor de individuos. Los jóvenes seguidores de Espert coincidieron allí con los de Gómez Centurión, en encuentros que no estuvieron exentos de cruces ni de polémicas.²⁵

No sería arriesgado aventurar que en una y otra cohorte había votantes potenciales de Javier Milei, quien se presentaría un año después como candidato a diputado por la ciudad de Buenos Aires junto a Villarruel. El triunfo en esa prueba electoral, que lo catapultó dos años después a la presidencia, puede ser tomada como un punto de llegada apropiado: el fusionismo había dado forma a una nueva fuerza política capaz de disputar la presidencia cuestionando abiertamente el “consenso”. En efecto, además de tratar al político radical de “estafador”, el admirador de Murray Rothbard no ha dudado en reciclar tópicos provenientes de la Doctrina de Seguridad Nacional como la “guerra interna” y los “excesos” ni en relativizar las virtudes de la democracia liberal. Por no mencionar que su estilo retórico y estrategia comunicacional, marcadas por el *ad hominem* y la descalificación, aparecen en las antípodas del *ethos* alfonsinista. Como remate simbólico y práctico a este modelo agonizante, fue Fernando Sabag Montiel –quien se había tatuado un Sol Negro, runas nórdicas y otra simbología asociada con el neonazismo– el encargado de asesinar a la vicepresidente Cristina Fernández en septiembre de 2022. Es que el economista no pronunció en solitario las exequias del “consenso”, sino que se vio acompañado –y pudo hacerlo– gracias a una nueva subjetividad.

| 3. Ver el mundo arder. El “consenso” socavado

Tal cual se repasó en la introducción, múltiples causas se han aventurado para el ascenso de esta “nueva derecha” argentina, desde los coletazos de un fenómeno transnacional y las secuelas de una crisis económica endémica hasta el agotamiento de la dirigencia tradicional y el shock pandémico. Aquí no se descarta ninguna, sino que se hace hincapié en otra que las recorre subterráneamente como es la emergencia de una subjetividad, ni primaria ni únicamente política, ajena y hasta hostil al “consenso alfonsinista”. Tampoco escasean las referencias bibliográficas para abordar al “individuo tirano”, acunado por el fin del pacto social materializado en el Estado de bienestar. Este quiebre dio paso a una exaltación del sujeto autónomo, cuya creatividad ilimitada le permitiría desmarcarse de la muchedumbre y obtener ventajas comparativas en el mercado. A medida que los saltos tecnológicos hicieron accesibles dispositivos marcados por su carácter “personal”, desde computadoras hasta teléfonos, esas aspiraciones de diferenciación se vieron alentadas en tanto hallaron canales de expresión. Sin embargo, estos consumos eran también portadores de un aumento en la inestabilidad laboral, una degradación de la salud mental y un control cada vez más estrecho a través de la extracción de un cúmulo colosal de datos. Por no mencionar que la ilusión de soberanía individual se montaba sobre las mismas potencialidades que encerraban el riesgo de fracasar ante competidores igualmente motivados, por lo que la división entre “ganadores” y “perdedores” se extendió desde la esfera económica para abarcar múltiples ámbitos, configurando así un régimen de tan novedoso como ubicuo (Dubet, 2021: 12-15).

²⁵ Por ejemplo, esta discusión se viralizó: bit.ly/4bLP56P.

El contraste entre el imperativo de ascenso y la experiencia de subordinación, el choque entre el deseo de “hacer algo” y un escenario que constriñe la agencia individual, se verían reflejados en “ese espíritu de época [...] menos marcado por la voluntad de actuar positivamente sobre el curso de las cosas [...] que por el resentimiento y la necesidad impulsiva de liberarse de ellas, de buscar, cueste lo que cueste, una revancha personal sobre las instancias de poder y [...] sobre el orden del mundo” (Sadin, 2022: 33). Así podría interpretarse la pulsión, por momentos gozosa, de minar los lazos comunes que cimentan la política (Sadin, 2022: 36).

Antes de abrirse paso en entornos materiales, estas nuevas subjetividades tomaron impulso en los medios virtuales. De hecho, uno de sus mayores triunfos fue la colonización del ocio, como lo muestran sin ir más lejos los videojuegos, una forma estética y lúdica surgida conjuntamente con la consolidación del paradigma neoliberal. No sería azaroso entonces que la experiencia se centre en la simulación de agencia, por lo que el usuario se siente responsable de sus acciones independientemente de que lo sea o no. Aunque la libertad que brindan se encuentre “dirigida” por los desarrolladores, las narrativas convencionales en las que un protagonista es “capaz de hacer la diferencia” sintonizan con el ánimo de los usuarios, quienes de forma mimética pueden vivenciar el éxito de los artistas, los deportistas y, más genéricamente, los “emprendedores” (Crawford y Muriel, 2023: 110 ss.). En otras palabras, las industrias de contenido y entretenimiento, con las salvedades y excepciones siempre existentes, contribuyen a naturalizar y reproducir las subjetividades replicadas y validadas en otros ámbitos.

El deterioro de lo común provocado por la atomización de subjetividades y la privatización de afectos se condice con la creciente dificultad para simbolizar horizontes históricos compartidos. En el marco del “realismo capitalista”, cuesta avizorar un futuro que no sea una permutación de lo existente: dado que “no hay alternativa”, tal cual sentenciaba Margaret Thatcher, puede entenderse que en muchas sociedades post-apocalípticas de la cultura popular no se pierda tiempo en restablecer la moneda y el comercio (Fisher, 2016: 22). El desaliento del presente abona visiones míticas y edulcoradas del pasado resultando en “nostalgias restauradoras”, obsesionadas por la erosión de valores “tradicionales” en una patria que se encontraría asediada por una conspiración sombría (Tanner, 2022: 43-44). Esta sensibilidad ha cristalizado en formulaciones intelectuales relativamente sofisticadas como las diatribas de los autoproclamados “neorreaccionarios”, para quienes Occidente debería sacudirse la democracia como un montón de pulgas si quisiera salvar la libertad y el capitalismo. Se trata de una “consciencia desventurada”, según plantea Yuk Hui, ya que su crítica se ensaña con la Ilustración sin poder abandonar sus premisas, por lo que acaba por morderse la cola. Una contradicción que cobraría sentido a la luz de la angustia que, de acuerdo con el pensador chino, compartirían las derechas ante la pérdida de privilegios impuesta por la economía y la ecología (Hui, 2021: 17 ss.). Aunque se podría replicar que estas “pasiones tristes” no son un monopolio de ese espectro ideológico: la esterilidad puede percibirse también en las izquierdas, encerradas en una melancolía que le ha cedido el usufructo de lo revolucionario al mismo sistema que se empeñan por cambiar (Galliano, 2020: 9-13; Fisher, 2024: 219).

Ahora bien, ¿son extrapolables las esperanzas y las humillaciones analizadas por los académicos del norte global? Si bien el espacio imposibilita presentar una genealogía siquiera aproximativa de lo ocurrido en Argentina, podrían esbozarse algunos trazos de su evolución. Un inicio posible estaría los primeros años del “consenso”, que fueron también los del “boom liberal”, con la actuación de la Unión del Centro Democrático (Ucedé), una intensa militancia juvenil, la publicación de revistas sobre

empresas y negocios y la distribución de libros sobre pensamiento económico a precio popular (Morresi y Vicente, 2023: 50-1). Había entonces un público receptivo a la defensa de la iniciativa privada, las libertades individuales y los mercados autorregulados, nociones que se volverían casi oficiales durante la década menemista. Era esa subjetividad la que consideraba triunfante el documental *Malajunta* en el vigésimo aniversario del golpe ocurrido en 1976, afirmando que el “cambio de mentalidad” buscado por José Alfredo Martínez de Hoz había sido conseguido sin necesidad de una dictadura por Domingo Cavallo (Crenzel, 2024: 200-202). El film podría ser ubicado junto a otras expresiones culturales de un rechazo bastante generalizado del *ethos* neoliberal, un repudio que fue conformando un colectivo a partir de quienes se autopercebían como excluidos: desocupados, jubilados, trabajadores, nuevos movimientos sociales. Un descontento que se tradujo en la creciente pregnancia y legitimidad del significativo “progresismo”, difundido por intelectuales y comunicadores que aspiraban a aprender del fracaso histórico de las izquierdas latinoamericana y soviética, pero también del calamitoso final de Alfonsín. A tono con la “tercera vía” de Bill Clinton y Tony Blair, ahora la mejora no sería para los trabajadores o el pueblo sino para “la gente”, y llegaría gracias a la eficiencia. Un capitalismo más humano, de la mano de un gobierno menos opaco. Esta promesa vino a cumplir la Alianza, derrotada 24 meses después de arribar al poder por sus propias contradicciones, pero también por las tensiones internas que arrastraba el propio progresismo: ¿cómo anudar las consignas del “consenso” con un paradigma económico para el que no era con la democracia, sino con el mercado que se comía, se educaba y se curaba? (Álvarez y Minutella, 2019: 21 ss.).

La crisis de 2001 golpeó a esa corriente, pero también al neoliberalismo, categoría crecientemente demonizada por buena parte de la clase política y la opinión pública. El kirchnerismo se construyó simbólicamente en contraposición a los noventa, retomando –no sin tensiones– banderas progresistas. Al tiempo que se erigía en heredero, la opción por la confrontación parecía ir en contra del “dialoguismo” que se le endilgaba a Alfonsín. Así, ofreció un contrapunto para aquellos que no abjuraban de la década previa, como podía observarse en el primer puesto obtenido por Menem en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2003, pero también para aquellos que empezaron a tachar la política y el estilo “progre” de “anti-republicano” y “populista”. Fue así que el antikirchnerismo se volvió un terreno fértil para las nuevas subjetividades, alimentadas por el acelerado cambio tecnológico que impactaba en la Argentina con ritmo variable pero cada vez más significativo. Hasta podría plantearse que la situación periférica alentaba la irritación, en tanto las expectativas frustradas no eran achacadas al “capitalismo” o al “neoliberalismo” sino al propio país. Nutridas por la “grieta”, los años de estanflación, el fracaso del macrismo y el retorno (fallido) del kirchnerismo, estas subjetividades que todavía parecían débiles hace unos pocos años se volvieron emergentes y, quizás, hegemónicas.

En síntesis, fue condensando una subjetividad que replicaba el ánimo de sospecha albergado por la ciudadanía hacia las autoridades, pero sin el anhelo de corregir progresivamente el sistema político. La democracia no había curado sus propios males, sino engendrados otros, como incapacidad de estimular el crecimiento económico, el deterioro de las condiciones de vida para amplia franjas de la población y, en ese marco, la proliferación de prácticas inmorales, desde la estafa hasta el robo. Los desgastados ídolos del dialoguismo y el institucionalismo son rechazados en favor de lógicas que no son anti-democráticas *per se*, pero que pisotean el viejo consenso: sin ir más lejos, la identificación de un pueblo (“los argentinos de bien”) con un líder que libra una batalla maniquea contra una camarilla (“la casta”) que bloquea el camino hacia el bienestar general. Otro tanto podría decirse sobre la visión

de futuro, en tanto la utopía parece haber sido copada por la nostalgia restauradora de una mítica edad dorada, cuando éramos el país más rico del mundo. Javier Milei es un punto de referencia y hasta un conductor, pero es también una manifestación de las tendencias presentes en sus seguidores. Es más: expresa proclividades verificables en otros colectivos, dado que difícilmente pueda habitarse el capitalismo tardío sin sumergirse en sus presupuestos neoliberales. Si el fenómeno Milei se resiste a la interpretación, si es difícil reaccionar a él, quizás se deba a que no es una presencia entre nosotros, sino también dentro nuestro.

| 4. Conclusión. Hongos en las ruinas

A través de un trazo grueso, este artículo planteó que la noción de una “crisis de la democracia” ha sido consustancial a la experiencia iniciada en 1983. La presencia de actores que impugnaban el consenso político no solo habría sido contemplada y aceptada, sino que habría apuntalado la legitimidad del nuevo régimen. Por ello, la posición ocupada por las derechas extremas y radicales puede ser un buen indicador de la vitalidad de lo que aquí se denominó “consenso alfonsinista”. En esta clave, el ascenso de actores como Juan José Gómez Centurión, Victoria Villarruel y Javier Milei revelaría el desmoronamiento de esos acuerdos, una erosión lenta pero constante que habría respondido a múltiples factores. Aquí se hizo hincapié en uno, no excluyente ni principal, como fue el surgimiento de una nueva subjetividad que se ubicó en las antípodas de aquel consenso: ante un capitalismo sin alternativas, acorralado por los derechos que deberían defenderlo y oprimido por los mismos dispositivos que deberían potenciarlo, este sujeto que hace del yo la máxima regla destruye por fastidio, gusto o convicción los cimientos del viejo *modus vivendi*.

Sin nostalgia por lo que fue, se impone mirar hacia lo que vendrá. Pensar más allá del colapso, una tarea que –a diferencia de la hermenéutica de la catástrofe– necesariamente debe ser encarada de forma colectiva. Desde luego, la nostalgia restauradora de las nuevas derechas es una no respuesta, en tanto ignora o soslaya que esa era dorada a la que quiere volver contenía los mismos problemas que ellas vendrían supuestamente a resolver (Galliano, 2020: 167 ss.). Pero no por ello puede esperarse que una serie de eventos, unos memes ponzoñosos o unos textos incisivos vayan a desenmascarar el fenómeno y provocar su desintegración. Así como tampoco debería soñarse con la reconciliación en un abrazo fraternal, poco más que un regodeo en los remanentes oxidados del “consenso”. Más bien, debería comenzarse por aceptar que los nuevos acuerdos deberían incluir a las nuevas subjetividades, las que no surgieron en una cámara de vacío sino en el mismo ecosistema en el que existen los “progres” y los “zurdos”. De ahí que, a modo de cierre, se retome el estudio de Anna Lowenhaupt Tsing sobre los matsutakes: no tanto porque estos hongos crecen en lugares devastados por la actividad humana, sino porque a partir de ellos pueden reconstruirse las conexiones entre las partes heterogéneas que constituyen fragmentariamente al capitalismo (Lowenhaupt Tsing, 2023: 24-28). Así como éste solo puede reproducirse a partir de parcelas heterogéneas, la supervivencia en medio de las ruinas será posible si la crítica, sin perder su filo, incorpora a esos elementos que *a priori* nos resultan aberrantes, reprobables, ajenos y, sobre todo, totalmente diferentes.

Bibliografía

- “A juicio por vender videos nazis”, en *Clarín*, 17/3/2000.
- “Biondini se quedó sin la esvástica. ‘Es un claro símbolo del nazismo’”, en *Crónica*, 4/6/1991.
- “El triunfo de la esvástica” (1992). *El Nacionalista*, 6, 1.
- “Grupos contratados habrían profanado las tumbas judías”, en *Clarín*, 18/5/1991.
- “Ni nazis ni esvásticas”, en *Página/12*, 4/6/1991.
- “Profanación: Otra vez la sombra nazi”, en *Diario Popular*, 18/5/1991.
- “Rechazan el ataque a un cementerio israelita y el uso de símbolos nazis”, en *La Nación*, 18/5/1991.
- “Seineldín alertó sobre un golpe militar”, en *La Nación*, 3/3/2002.
- “Temen venganza tras la muerte del skinhead Scalera”, en *La Nación*, 10/5/1996.
- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Agamben, G. (2017). *Stasis. La guerra civil como paradigma político*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Alfonsín, R. (1987). Mensaje presidencial a la Honorable Cámara de Legisladores. Disponible en bit.ly/3R8HaYH
- Alter, K. (2020). Conceptualising backlash politics: Introduction to a special issue on backlash politics in comparison. *The British Journal of Politics and International Relations*, 22(4), disponible en bit.ly/3yP7LTW
- Álvarez, M.N y Minutella, E. (2019). *Progresistas fuimos todos. Del antimenemismo a Kirchner, cómo construyendo el progresismo las revistas políticas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Balsa, J. (2024). *¿Por qué ganó Milei? Disputas por la hegemonía y la ideología en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beveraggi Allende, W. (1991). Carta abierta a Mariano Grondona. *Patria Argentina*, 45, 3.
- Biondini, A. (1983). Editorial: Organizar la reconquista. *Alerta Nacional*, 6, 1-3.
- Biondini, A. (1988). Desde la prisión: Habla Biondini. *Alerta Nacional*, 12, 3.
- Börm, H. (2018). *Stasis in Post-Classical Greece: The discourse of civil strife in the Hellenistic world*. En H. Börm y N. Luraghi (Ed.), *The polis in the Hellenistic world* (pp. 53-83). Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- Bruschtein, L., “Menem y el PJ eligieron a Barra auditor general”, en *Página/12*, 5/11/1999. Disponible en bit.ly/3YYAkXK.
- Caponnetto, A. (2016). “M.M.”. *Cabildo*, 115, 1.
- Caponnetto, M. (2016). “Buenos Aires, entre la droga y la pornografía”. *Cabildo*, 115, 4.
- Crawford, G. y Muriel, D. (2023). *Los videojuegos como cultura. Identidad y experiencia en el mundo actual*. Buenos Aires: Ampersand.
- Crenzel, E. (2024). *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Dubet, F. (2021). *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Fisher, M. (2024). *Deseo postcapitalista. Las últimas clases*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI.
- Franco, M. (2018). *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Galliano, A. (2020). *¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no? Breve manual de las ideas de izquierda para pensar el futuro*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ghio, M. y Baudino, R. (1991). Declaración. *El Fortín*, 3, 6.
- Ghio, M. (2015). “El ‘nacionalismo’ macrista”. *El Fortín*, 79. Disponible en bit.ly/4bYa6Ke.
- Goldstein, A. (2022). *La reconquista autoritaria. Cómo la derecha global amenaza la democracia en América Latina*. Buenos Aires: Marea.
- Grinchpun, B.M. (2021). Ni “religión democrática”, ni “mundo uno”. Inflexiones del totalitarismo en las extremas derechas argentinas, 1980-1999. En M. López Cantera y M. Vicente (Coords.), *La Argentina y el siglo del totalitarismo. Usos locales de un debate internacional* (pp. 303-324). Buenos Aires: Prometeo.
- Grinchpun, B.M. and Vicente, M. (2023) Forking paths? Right-wing intellectuals after the democratic restoration. En G. Pereyra Doval y G. Souroujon (Eds.), *Argentina's right-wing universe during the democratic period (1983-2023). Processes, actores and issues* (pp. 178-194). Nueva York, NY: Routledge.
- Hart, J. (2005). *The making of the American Conservative mind*. National Review and its times. Wilmington, DE: ISI Books.
- Hirschman, A. (2021). *La retórica reaccionaria. Perversidad, futilidad, riesgo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Hui, Yuk (2021). *Fragmentar el futuro. Ensayos sobre tecnodiversidad*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Levy, G. (2020). *La caída. De la ilusión al derrumbe de Cambiemos*. Buenos Aires: Marea.
- Liotti, J. (2023). *La última encrucijada. Los dilemas de la democracia argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Lowenhaupt Tsing, A. (2023). *Los hongos del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Mazzei, D. (2019). “Y no hay sangre en la Argentina”. El presidente Alfonsín y la Semana Santa de 1987. *PolHis*, 23, 128-161.
- Messina, L. y Salvi, V. (2024). Reconfiguraciones memoriales sobre el terrorismo de Estado durante los años de ascenso de las derechas en Argentina (2008-2019). *Política y Sociedad*, 61(1). Disponible en bit.ly/3x3UhTl.
- Milanesio, N. (2021). *El destape. La cultura sexual en la Argentina después de la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Morresi, S. y Vicente, M. (2023). Rayos en cielo encapotado: la nueva derecha como una constante irregular en la Argentina. En P. Semán (Coord.), *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* (pp. 43-80). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Palmisciano, C.N. (2017). *Memorias y acción política de las organizaciones para la memoria completa. El caso del Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas*. San Martín: Universidad Nacional de San Martín (Tesis de Maestría).
- Quiroga, H. (2005). *La Argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires: Edhasa.
- Raíces, E. (2023). El nacionalismo católico contra la prensa progresista en los años de Alfonsín. La edición monográfica de la revista *Cabildo* sobre el semanario político *El Periodista de Buenos Aires* (1986). *Sociohistórica*, 51(186).
- Romero, L.A. (2006). La democracia y la sombra del *Proceso*. En H. Quiroga y C. Tcach (Comps.), *Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia* (pp. 15-30). Rosario: Homo Sapiens.
- Rosanvallon, P. (2002). *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Saferstein, E. (2021). *¿Cómo se fabrica un best seller político? La trastienda de los éxitos editoriales y su capacidad de intervenir en la agenda pública*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sloterdijk, P. (2020). *Las epidemias políticas*. Buenos Aires: Godot.
- Stanley, J. (2020). *Cómo funciona el fascismo. Diez conceptos clave para entender el auge y los peligros de los nuevos tiranos del mundo*. Buenos Aires: Blackie Books.
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Stimbaum, C. (2017). *Un estudio en torno a la intervención de una ONG en el campo de la nutrición infantil: El caso de NUTRIR Los Hornos*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata (Tesis de grado).
- Tanner, G. (2022). *Las horas han perdido su reloj. Las políticas de la nostalgia*. Barcelona: Alpha Decay.
- Torre, J.C. (2003). Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria. *Desarrollo Económico*, 42(168), 647-665.
- Vázquez, M. (2023). Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei y "nuevas derechas". En P. Semán (Coord.), *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* (pp. 81-122). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vommaro, G. (2006). Cuando el pasado es superado por el presente: las elecciones presidenciales de 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en la Argentina. En A. Pucciarelli (Coord.), *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* (pp. 245-288). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Yofre, J.B. (2009). *Volver a matar. Los archivos ocultos de la "Cámara del Terror" (1971-1973)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Zakaria, F. (1997). The rise of Illiberal Democracy. *Foreign Affairs*, 76(6), 21-43.